

LA REVOLUCIÓN DE HAITÍ: REVISIONES

- BUCK-MORSS, Susan, *Hegel, Haiti and Universal History*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2009, 164 pp.
- NESBITT, Nick, *Universal Emancipation. The Haitian Revolution and the Radical Enlightenment*, Charlottesville and London, University of Virginia Press, 2008, 261 pp.

La revolución negra de Saint-Domingue, iniciada en agosto de 1791, impactó fuertemente en el espacio atlántico porque por primera vez los esclavos habían tomado las armas para sublevarse contra los hacendados y conquistar la libertad. La conmoción fue aún mayor porque los caudillos negros se habían inspirado en la ideología ilustrada, evidenciando los esfuerzos inútiles de los pensadores occidentales para restringir el concepto «libertad» a la población blanca. Susan Buck-Morss y Nick Nesbitt han estudiado la filosofía ilustrada, la naturaleza y las contradicciones de la revolución de Haití, y por último el desprestigio del paradigma revolucionario haitiano. A continuación analizaremos los principales puntos de sus investigaciones, confrontándolos y discutiéndolos.

Teóricamente la filosofía ilustrada postulaba la libertad como la máxima aspiración del hombre, aunque su sentido variaba en cada pensador, como reconoce Nesbitt. Por ejemplo, Diderot condenaba la inhumanidad de la esclavitud porque consideraba que la libertad era la condición natural del hombre, mientras Rousseau sostenía que la libertad era una potencialidad del ser humano, realizable sólo en sociedad. Pese a estas diferencias de planteamiento, todos los ilustrados coincidían en restringirla a la población blanca. Como indica

Buck-Morss, la Ilustración había fijado una frontera en el Atlántico que limitaba su ejercicio a Europa, ya que en América no se aplicaba a la gente de color. Por inconsistente que pueda parecer, la idea de «frontera atlántica» compatibilizaba la libertad en el occidente blanco con la esclavitud en las colonias, proporcionando un escudo ideológico a los intereses económicos implicados en el mercado azucarero. Hegel, sin llegar a ser un ilustrado propiamente, participaba de este prejuicio. El pensador alemán, que entendía la historia como el camino de la Humanidad hacia el progreso con la libertad como única meta, señalaba a Europa y Norteamérica como los abanderados de este principio, ignorando a la población africana. La marginación del negro precedió a su esclavización, aunque en el libro *Hegel, Haiti and Universal History* se diga lo contrario, ya que los primeros exploradores británicos que contactaron con las tribus africanas habían construido una imagen inferior de «el otro» que justificaba su esclavización en las plantaciones americanas (Winthrop D. Jordan, Peter Linebaugh y Marcus Rediker). Los bozales eran un mero instrumento de trabajo cuya sobreexplotación proporcionaba la producción necesaria para abastecer la demanda europea y americana de azúcar. Cuando morían víctimas de los maltratos de sus dueños o del trabajo extenuante eran sustituidos por otros, sin más.

Ahora bien, la incipiente globalización ligada a la expansión capitalista dificultaba el control de las ideas, que circulaban libremente en los mismos barcos mercantes que transportaban esclavos y azúcar, burlando cualquier tipo de *cordón sanitario* o *frontera atlántica*. Así llegaron a América las ideas ilustradas más avanzadas, calando en los blancos, los indígenas, los libres de color e incluso algunos esclavos; de hecho, Nesbitt ha señalado que algunos caudillos negros de Saint-Domingue, entre quienes destacaba Toussaint de Louverture, reconocían haber leído a los filósofos del viejo continente. Esta colonia francesa es interesante porque algunos libres de color habían alcanzado un estatus social respetable antes de la revolución de 1791, conviviendo con los blancos casi en pie de igualdad. Cuando la Ilustración llegó al Guarico, se formó un espacio público de opinión y debate (estudiado por Gene E. Ogle) donde los mulatos y los negros libres participaban activamente, oponiéndose al etnocentrismo de los líderes de la revolución francesa, que deseaban mantenerlos al margen de dicho espacio público y de la Declaración de los Derechos del Hombre. La protesta mulata adquirió tintes violentos de la mano de Ogé en 1790, dando paso a la insurrección de los esclavos un año después. El autor de *Universal Emancipation. The Haitian Revolution and the Radical Enlightenment* hace hincapié en la orientación radical de la filosofía de la Ilustración en el oeste de La Española. Buck-Morss complementa esta idea cuando asevera que en Saint-Domingue se pasó de la teoría a la práctica filosófica a partir de 1791,

evidenciándose las contradicciones de la Ilustración europea en aspectos tan controvertidos como la esclavitud negra. De esta forma, el Guarico se convirtió en el laboratorio donde las nuevas ideas se llevaron más allá de los límites conocidos.

Existe un debate interesante sobre los protagonistas de este cambio histórico. En su libro *Sobre la revolución*, la politóloga alemana Hannah Arendt había negado la posibilidad histórica de una insurrección de esclavos, que supuestamente desconocían el sentido de la «libertad» porque vivían sometidos a la voluntad de otra persona. Las investigaciones posteriores, significativamente el libro de Nesbitt que nos ocupa, demuestran el error de Arendt, que pasó por alto la sublevación negra del Guarico. Ahora bien, ¿en qué medida los esclavos de Saint-Domingue fueron agentes del cambio que propiciaron? Nesbitt sostiene que estos bozales tomaron conciencia del sentido de la libertad a partir de su propia experiencia de lucha y sufrimiento, reclamando la *universal emancipation* a partir de 1792. Buck-Morss comparte esta idea, basándose en la imposibilidad de que los blancos ayudasen a los negros a conquistar su libertad. Sin embargo, este planteamiento es arriesgado porque los primeros insurrectos fueron liberados en 1793 por la corona española, que de esta manera premiaba a quienes abrazasen sus armas contra la Convención. Por otra parte, la intervención del comisionado francés Sonthonax fue aún más importante ya que no sólo liberó a todos los esclavos de Saint-Domingue sin excepción, sino que consiguió que el gobierno de París sancionase esta medida.

Como hemos visto, Haití fue pionera en varios aspectos. Sin embargo, no estaba exenta de las contradicciones de cualquier proceso histórico que se adelanta a su época. En primer lugar, el uso de la violencia por los esclavos para combatir la crueldad blanca era contradictorio, porque contribuía a institucionalizar la violencia en lugar de favorecer la paz en Haití. En segundo lugar, la universalidad y la singularidad convivían en la República de Haití, ya que la libertad universal defendida por los líderes de la revolución convertía al país en un caso único en el mundo, que suscitaba el recelo de un occidente reacio a imitar su ejemplo. En tercer lugar, Toussaint y Dessalines quisieron compatibilizar la libertad universal con el sometimiento de los trabajadores a las plantaciones, aunque como libres asalariados, sin percatarse de que la vuelta a las haciendas era imposible tras la experiencia revolucionaria. Para ello construyeron un discurso nacionalista que apelaba a la lealtad patriótica de todos los haitianos, condenando cualquier protesta como acto de traición. En cuarto lugar, el discurso nacionalista hacía hincapié en la exclusividad haitiana, minando las pretensiones universalistas referidas anteriormente. Las autoridades negras, que eran conscientes de ello, recurrían al discurso nacionalista para defender la integridad de Haití frente a la hostilidad extranjera, pero lo ignoraban

cuando necesitaban reivindicar la universalidad de la República, igualándola al resto de países occidentales. Por último, debemos recordar que el nacionalismo haitiano se construía a partir de la negritud, aspirando a una homogeneización conceptual que no se correspondía con la realidad racial del país.

Analicemos a continuación la reacción de Occidente frente a la revolución haitiana. Inicialmente las principales potencias europeas reaccionaron de distinta forma frente a la revolución de Saint-Domingue. Inglaterra acudió en ayuda de los franceses monárquicos temerosos de los insurrectos y de la Convención, que había ejecutado a Luis XVI en enero de 1793; al mismo tiempo, intentó aprovechar el desorden del Guarico para anexarse la colonia y beneficiarse de su riqueza azucarera. Por su parte, España apoyó la rebelión inicialmente y ofreció la libertad a los bozales que tomaran las armas para combatir a la revolución francesa en La Española, que ofrecía una oportunidad inmejorable para recuperar el oeste de la isla, cedido a Francia en la paz de Ryswick en 1697. El ejecutivo de París reaccionó contra los rebeldes, pero buscó su apoyo a partir de 1793, cuando comprendió que los africanos eran indispensables para expulsar de Saint-Domingue a las potencias extranjeras. La primera reacción propiamente ideológica correspondió al gobierno de los Estados Unidos. Para comprender su posición frente a la República de Haití debemos recordar las características de la revolución norteamericana de independencia, que había sido el primer ejemplo de sublevación armada de una colonia contra la tiranía de su metrópoli. De esta forma, la guerra de independencia tuvo carácter político, económico y social, alumbrando una nación que se había erigido en paradigma de modernidad. Sin embargo, esta hegemonía ideológica en el espacio atlántico acabó *de facto* cuando estalló la revolución de Saint-Domingue, que además era un proceso racial. Para evitar la pérdida de la hegemonía ideológica *de iure*, los padres de la patria norteamericana se apresuraron a demonizar a la República Haitiana. Nesbitt ha estudiado su actividad propagandística, basada en la caracterización de Haití como «el país más pobre del hemisferio occidental», digno del recelo y la conmiseración, pero nunca de la admiración, de sus vecinos. Esta actitud era compatible con el reconocimiento de su independencia, pero las relaciones bilaterales no iban más allá, puesto que se temía que los esclavos de las plantaciones azucareras y algodoneras del Caribe y América imitasen el ejemplo de los negros haitianos.

Especialmente interesante es la *damnatio memoriae* contra Haití en el mundo académico, tanto consciente como inconscientemente. Este fenómeno arrancó con el estallido de la revolución negra, llegando hasta la actualidad. Las figuras más destacadas de la intelectualidad europea de las Luces, como Rousseau, Diderot o Hegel, habían convertido la libertad en un privilegio de la raza blanca y cuando conocieron la revolución negra se reafirmaron en su po-

sición, evidenciando un acusado racismo cultural. Se debe buscar el origen de esta actitud en el eurocentrismo de Hegel, que excluía al continente y la población de África del progreso inherente a la evolución histórica. Cuando reconocía el derecho del esclavo a sublevarse contra su amo tenía en mente la revolución de Saint-Domingue, pero usaba esta imagen como metáfora del derecho de los pueblos a rebelarse contra la tiranía (Buck-Morss, Linebaugh y Rediker). La marginación de Haití, que inicialmente había sido un ejercicio intelectual consciente, se institucionalizó en el pensamiento occidental y continuó desarrollándose de forma natural. Así se explica, por ejemplo, el silencio sobre Saint-Domingue en *The Age of Revolution, 1789-1848*, ensayo donde Eric J. Hobsbawm estudia las distintas facetas de la ola revolucionaria que sacudió occidente en el periodo indicado.

Los dos libros aquí reseñados comparten un objetivo común: reivindicar la novedad de la revolución negra de Saint-Domingue, acabando con más de dos siglos de racismo cultural. Nesbitt reivindica el espíritu de rebeldía de los negros del Guarico, que a su juicio debe inspirar la lucha actual por los Derechos Humanos. Por su parte, Buck-Morss se suma a la recuperación de la memoria de la revolución haitiana, compatibilizándola con el estudio de las corrientes de pensamiento en su contexto para dotar de objetividad al análisis histórico. Ambas obras son esenciales para la comprensión del impacto ideológico de la revolución del Guarico, cuyo eco sigue reproduciéndose doscientos años después de su estallido.

Antonio Jesús PINTO TORTOSA
Grupo de Estudios Comparados del Caribe y Mundo Atlántico
Instituto de Historia, CSIC